AÑO VIII
—N.o 343.

EL DIA

Montevideo,
agosto 6 de 1939.



Paisaje del Rhin



Parte posterior de la casa Bonn gasse 20 donde se ven las bu hardillas que arrendaba la familia Beethoven.



Cuarto donde nació Beethoven.



Mascarilla obtenida en vida, a los 45 años.

LOS CAMINOS IDEALES
PARQUES DE UN REY

IBAMOS por aquel camino que debió cruzar Beethoven desde niño de Colonia a Bonn. Un estado especial de ánimo me obligaba al silencio. No era, para mí, sólo un paisaje ameno el que veíamos. Comprendí que aquella naturaleza fué el **primum movens** del maestro. En ella se ocultaba, sin poderse adivinar dónde, los diálogos inenarrables entablados por el genio con las cosas, iniciados desde niño con el boscaje idílico, con las aves —que cantarán luego en su sexta sinfonía— con la tempestad, con la piedra inmóvil, animada y elocuente para él. Llegar a Bonn, subir a un monte del Rhin, era penetrar en los parques de un rey solitario que lo dominó todo sin poseer nada, era entrar en un templo sin atrio que tiene innúmeros adoradores y casi



La sala donde se guardan los recuerdos musicales del maestro.

AVERTISSEMENT.

Heut dato den 26ten Martii 1778. wird auf dem musikalischen Akademiesaal in der Sternengaß der Churkölnische Hoftenorist BEETHOVEN die Ehre haben zwey seiner Scholaren zu produciren; nämlich: Madlle. Averdonc Hofaltistin, und sein Söhngen von 6. Jahren. Erstere wird mit verschiedenen schönen Arien, letztere mit verschiedenen Clavier-Concerten und Trios die Ehre haben aufzuwarten, wo er allen hohen Herrschaften ein völliges Vergnügen zu leisten sich schmeichlet, um je mehr da beyde zum größten Vergnügen des ganzen Hofes sich hören zu lassen die Gnade gehabt haben.

Der Anfang ist Abends um 5. Uhr.

Die nicht abbonnirte Herren und Damen zahlen einen Gulden.

Die Billets sind auf ersagtem musikalischen Akademiesaal, auch bey Hrn. Claren auf der Bach im Mühlenstein zu haben.

Aviso del primer concierto, único que se conserva.

ningún sacerdote. Es hoy, esa campiña, un paisaje de ensueño para el hombre de trabajo y una canción de amor para el artista. Todo lo que dominan los ojos está bajo el cuidado de los hombres de la tierra. No queda un palmo sin trabajar. El camino tiene a su derecha un terraplén y va, a su vez, por otro que a su izquierda deja un llano extenso. La parte plana es una sucesión indefinida de líneas verde claro y verde esmeralda de las coles que se alinean sin una brizna de hierba entre ellas. Los taludes que se esperan ver llenos de maleza, están sembrados de alfalfa y continúan el manto de tonos suaves. Cuando la colina se hace cerro hay en sus laderas como pentágramas de colores, que así parecen los surcos bajando la lomada y precipitándose al valle. Si, por acaso, no hay nada plantado, es porque allí se encuentra una fábrica o se ha dejado un monte natural de tilos, abetos y robles para talar racionalmente. Llegamos a Bonn. La ciudad es amable, pulcra, llena de color local, con su iglesia de torres dobles afinadas hasta ahilarse. En una de las calles centrales está la casa en que nació Beethoven. Se conserva intacta transformada en museo. No es costumbre quitarse el sombrero al entrar en estos edificios, pero en este caso se sentía como imposible quedarse sin descubrirse; y así penetramos en el amplio zaguán que se continúa como un hall y deja ver el jardín a su fondo. La casa era, en realidad, ocupada por una familia pudiente que arrendó a Luis Beethoven, padre, sólo una pequeña parte, las piezas que dan sobre el jardín. En la buhardilla última vió la luz el hombre más admirable del siglo XIX. Aquella habitación pequeña, de piso de gruesas y anchas tablas que ceden al paso, dominada por la ventana que se abre entre las vigas inclinadas como un vientre de barco, tiene un aire huraño casi de abandono que no logra disimular el busto de mármol perennemente cubierto de coronas. Una rápida mirada y salimos, casi huímos, de aquella humilde pieza en la cual no se qué tristeza fría —como la que deja en el alma la injusticia— se comunicaba de inmediato. Pensamos que esa cuna del rey de la armonía era tan helada por que allí no se ve ni uno de esos muebles familiares que dan la sensación de la vida en los roces que conservan indelebles. Nada se ha hallado de esa primera grave infancia, para evocarla en ese lugar. El resto de la casa sirve hoy de marco a los recuerdos de la inmensa vida de Beethoven. En diversas salas se exponen objetos personales, sus músicas, páginas abiertas bajo vitrinas, Claro de Luna, la 9ª Sinfonía, los Cuartetos... En otra vitrina los instrumentos de cuerda, los Amati, los Guarnerios y otros cuya procedencia no alcanzo a distinguir.

Pueblan las paredes los retratos de las mujeres que él amó y que nunca le amaron totalmente; las mascarillas: una tomada en vida y la otra después de muerto. (Anoto por coincidente el detalle que presenta muy claro, el vomer torcido, exactamente como pude verlo en la mascarilla de Napoleón). Como un triángulo negro se abre en un lado de la sala el piano de cola: amores... desesperación... lo inconfesado, lo dijeron sus manos a los marfiles, sólo a ellos. Se perdió para siempre el más puro y vehemente grito de pasión confiado a la improvisación alada, su lenguaje natural, tan poderosa que conquistaba para siempre a los que le oían, pero que en definitiva fué quizás la que le traicionó... Se mira alrededor y, por todas partes se acumulan los detalles: cartas, estatuas, cuadros, medallas, regalo de otros reyes que enviaron al rey solitario que aún hoy nos manda.

De pronto sentí que la tragedia llegaba hasta mi alma. En una vitrina se mostraban alineadas las trompetillas acústicas que usara el divino maestro para oir. La tragedia, tragedia brutal, inigualada, superior en dolor a cuanto es posible concebir, fruición del Destino contra el Genio se hacía visible allí con el realismo espantoso del debatirse de las cosas contra lo Invisible. Allí estaban aquellas especie de cuernos de cobre, de las formas más variadas, embudos para las ondas sonoras, uno pequeño con un aro para circundar la cabeza y sostenerse, otro más grande que parecía una pipa con una tapa perforada de agujeros, y otro enorme, enorme, con su receptáculo esculpido a manera de un pabellón auditivo... Esta forma creciente de las trompetillas acústicas iba diciendo mejor que nada toda la historia de sus angustias desde los veinticinco años hasta los cuarenta y cinco, época que a él se cerró para siempre el mundo sonoro.

Una columna de visitantes que entraban en corporación con enérgico zapateo, las charlas del cicerone, las voces de las personas que rodeaban las vitrinas de la sala, parecían demostrar una curiosidad turística llena de buen humor: admiraban, sonreían, charlaban... Nadie se detuvo a contemplar aquellos miserables despojos. La emoción subía buscando los ojos. Me acerqué al piano. Antes de irme quería por lo menos oír el sonido de una cuerda. Oprimí una tecla. Se hizo un repentino silencio ante esa nota que parecía un imperativo. En aquel grupo que se diría casi indiferente nadie volvió a levantar la voz y se deshizo por los corredores un momento después llevando un aire preocupado como si recién algo raro del ambiente lo hubieran percibido.

Junto a Bonn, a 320 metros de altura, en una explanada donde se edificó un hotel sostenido por grandes muros de piedra, se domina el Rhin. Desde allí se ven sus barcos cargados de gente, ir y venir moviendo suavemente las aguas del suave río, o remolcar con largos cables de acero grandes chatas. Tres o cuatro pasan a un tiempo. A un costado se alzan las ruinas de un castillo de la edad media rodeado de un monte de robles y abetos. La vegetación es densa de un verde oscuro con tonalidades más claras según la luz. Parece avanzar con un vigor extraordinario y se abre de pronto en cuadros de colores que desde lo alto es un solo tono en oro de los trigales o en verde claro de las legumbres. Frente a nosotros la atmósfera neblinosa no permite ver bien las colinas que se van levantando hasta un lejano horizonte; los siete montes que divisaba Beethoven. Pero se perciben siempre a través de ella los cuadros de oro, las líneas verdes de los setos vivos que los dividen... Hacia el valle las chimeneas dejan al viento sus líneas enruladas de humo que se van perdiendo junto al Rhin... Recorro el parque y, del lado opuesto al Rhin, alcanzo a ver en medio de los cerros que se prolongan hasta el horizonte el viejo legendario molino como un verso en pie de la eterna égloga... Fino el aire, suave el cuadro, dulce esa vida ordenada por el genio germánico que por todas partes nos rodeaba, el pensamiento se iba sin angustias tras los parques que un día se llenaron con el amor del hombre que más amó sin esperanza.

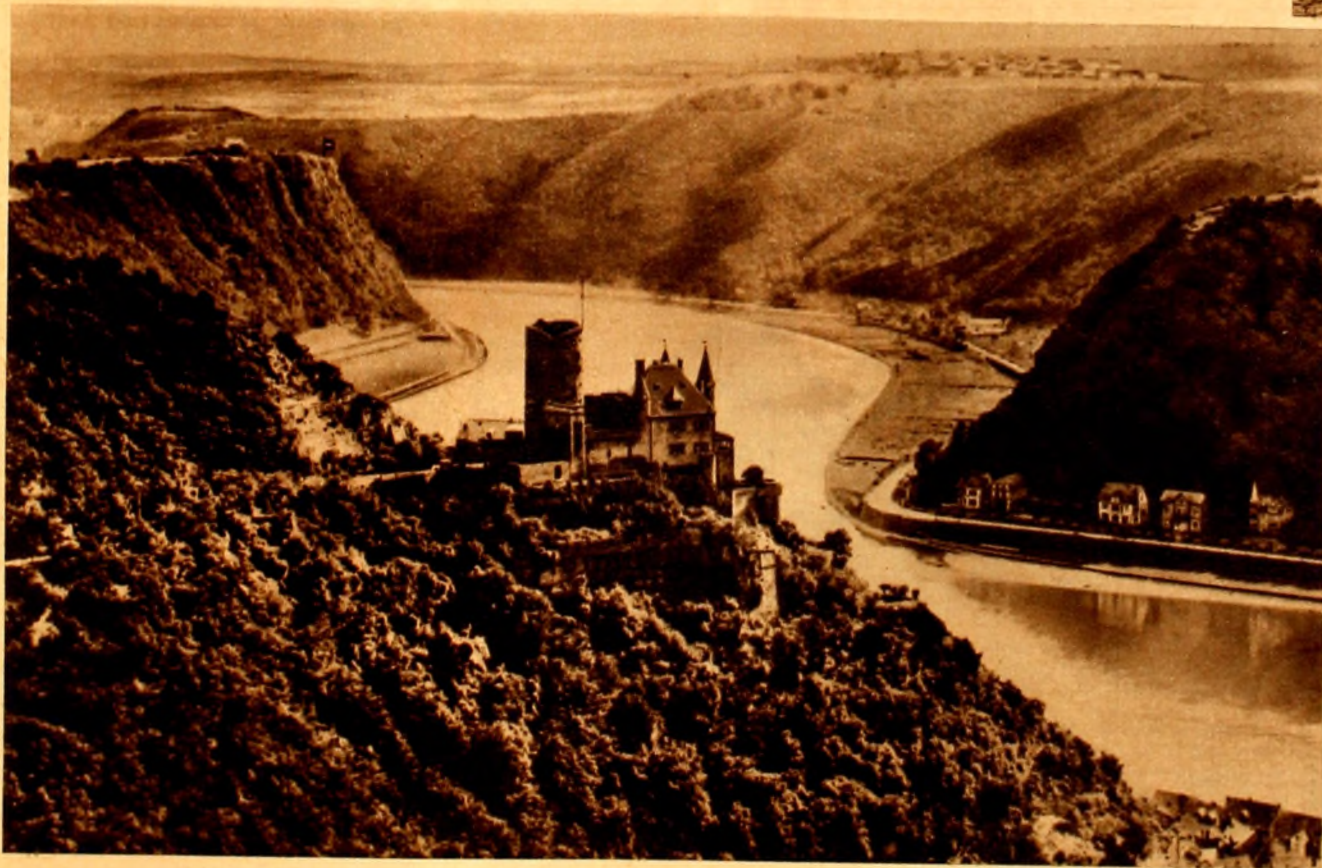
R. Francisco MAZZONI.



Casa donde nació Beethoven, en Bonn. gasse 20.



Paisajes del Rhin.



Loreley. — La roca legendaria

CAPDEHOURAT

ERAN CINCO BRUMAS. —

ESTA es la silueta de Pedro Capdehourat, cirujano. La ha grabado un deseo. El de M. Jules Bertrand. Honrándonos, acaba de invitarnos desde las columnas de "Les cahiers francais", a develar la huella que dejó en nuestro pueblo el galo combativo.

Reconoce M. Bertrand la penumbra de esa existencia agitada. En ella se pierden el año de su nacimiento, el de su doctorado, el de su llegada al país, el de su pasaje al Cerrito desde su antiguo puesto de lucha en la ciudad sitiada, y el de su muerte.

Ya no. Hemos barrido las brumas.

Nació en Salies en 1803, se doctoró en 1832, llegó al Uruguay en 1838, se fugó al Cardal en 1845, y murió en su quinta de la Unión el 6 de agosto de 1880. Partimos hacia el laberinto con este pequeño dato: casado con Carolina Danty, hija de un cirujano de los ejércitos de Napoleón, Capdehourat llegó a Montevideo cuando su hijo tenía dos años. Ese hijo se llamaba León. Lo conocimos cuando era un sarmiento venerable, envuelto siempre en la levita oscura, ennoblecido por la albura de la barba. Era entonces médico de policía en nuestra villa, y lo fué hasta su retiro al hogar, en el que lo clavó la hemiplegia. Su ficha de defunción, firmada por Sicardi, dice: "1920, 20 de julio, León Capdehourat, francés, 84 años, viudo, miocarditis, 8 de octubre 40.".

León, hijo de Pedro, nacido en 1836, llegó al Plata en 1838.

Pedro murió en 1880, teniendo 77 años de edad. Es nacido, pues, en 1803.

Un curioso comunicado de Capdehourat, tomado a "La Constitución" de 10 Ag. 1852, nos ilumina más: "7 años de práctica en los mejores hospitales de París, y 20 en el ejercicio del arte de curar"...

Se recibió, pues, de médico, en 1832.

Un solo velo intacto. ¿Cuándo abandonó la causa de Montevideo para abrazar la del Cerrito? Están incompletas las dos colecciones de "El Defensor" de la Biblioteca Nacional. Abrimos entonces con secreta esperanza, las famosas libretas del doctor Fernández Saldaña, que no guardan secretos para nosotros.

En la 3ª, estas líneas: "Se pasó al campo de Oribe en febrero de 1845, junto con un grupo numeroso de desertores: 2 jefes, oficiales y 67 individuos de tropa, según "El Defensor". El Maestro ha ojeado, evidentemente, la colección de Buenos Aires.

Las brumas se han disipado.

Todo ésto es muy simple. Una consulta a los archivos y diarios de la época, cuyo rastreo sistematizado no nos era familiar hasta hace muy poco tiempo. Escribíamos en 1937 notas históricas en "La Semana". Difusión reducidísima la de ese periódico de nuestro pueblo. Conocíamos personalmente a todos nuestros lectores. Entre éstos se contaba el doctor Fernández Saldaña. Trabado con él conocimiento, nos dijo un día, refiriéndose a la prensa antigua: "Es la matriz". Tres palabras, y un sendero. Su método, es el nuestro ahora.

Su método no es sólo aquéllo, claro está. Es el documento, el culto a la verdad, la valentía en el juicio, una invencible inclinación hacia los temas contemporáneos, y sobre todo una enorme pulcritud profesional.

Casi todo el secreto de nuestro conocimiento sobre el pasado del pueblo de la Unión, consiste en haberlo seguido.

No debe verse en estas confesiones, una extrema humildad. Las hacemos públicas, porque de su divulgación, puede salir, y así lo esperamos, una enseñanza para los estudiosos bisoños que se acerquen a la historia con recta intención.

UNA CONDENA.

21 médicos ejercían en Montevideo cuando el doctor Pedro Capdehourat llegó de Francia. En 1839 Vilardebó preparó una lista de los habilitados, y la distribuyó entre los juzgados capitalinos. Figura en ella nuestro hombre, como doctor en medicina.

Inmediatamente comenzó a trabajar. Los agradecimientos a los médicos, eran, en la época lejana, carne diaria de los periódicos. Uno de ellos es curioso: "El doctor Capdehourat me curó de un reumatismo crónico de los músculos intercostales, que me atajaban el resuello y el acto de la deglutición, por intervalos". Mezcla híbrida de anatomista y curandero se demostraba Pascual Benítez en el grato comunicado. Grato para Capdehourat. Rencoroso para los colegas. En efecto: el francés lo había curado en 40 días, de los sufrimientos "ocasionados por los malos tratamientos de los otros médicos". No los nombra. Pero estamos seguros que, con el recorte en el bolsillo, y la acidez en los labios, no los perdonó en las pulperías.

¤

Era hombre de baja estatura Capdehourat. Se definía el mismo: "Flaco y pequeño, pero de los que no se cuecen al primer hervor".

Ni al primero ni al último. Debió ser de una naturaleza indomable este francés que apenas llegado al país, no aclimatado aún a la nueva tierra, arremetió, en defensa de sus ideas, contra el grupo de médicos de la ciudad, para imponerle sus creencias.

Fué en 1839. Escribimos a cien años de la polémica famosa.

Terrible epidemia asolaba la capital. Exótica al principio, casi misteriosa. Pronto, sin embargo, fué etiquetada por el cuerpo médico: **encefalitis.** Frente a ese criterio casi unánime, se levantó Capdehourat. Sólo en el cerebro de los colegas existe esa fiebre cerebral, afirmó. Se trata, en realidad, de una epidemia de tifoidea.

No existiendo prensa científica, el debate se planteó en los periódicos. Pronto descendió. Se olvidó el propio decoro, el respeto a la opinión ajena. Altanero y agresivo era Capdehourat. Sus comunicados a "El Constitucional", "El Periódico" y "El Nacional", eran verdaderos artículos de combate. Y esos diarios, a pesar del momento porque atravesaba el país, pronta ya la invasión rosista de Echagüe, guardaban con fruición sus columnas para la rara lucha, la primera de orden médico que registran los anales de nuestra prensa.

"Cien casos he asistido, de mayo a Octubre", proclamaba Capdehourat. Nombraba los enfermos, sin olvidar su dirección. Era común esa actitud. "El mulato Benito, peón del tambo de la calle de San Carlos, tifus negro". Finalizaba con un canto de triunfo: "tres muertos, sobre cien enfermos tratados".

La razón de sus éxitos era lógica. No utilizaba la sangría. Y no sangraba, porque descartada por él la encefalitis, palpaba la tifoidea. Curaba el tifus, porque sabía diagnosticarlo.

En su entusiasmo llegó Capdehourat a una actitud inconveniente. Pidió a los colegas que rectificaran el tratamiento y tiraran las lancetas. De otra manera debía irse a la inmediata ampliación del cementerio de la ciudad...

La contestación de los colegas rozados fué brutal. Se dudó de su rectitud de vida en Francia, y hasta de la legitimidad de su título.

El señor Intendente de Policía pudo leer entonces en los periódicos, una carta abierta que le dirigía Capdehourat. La Junta de Higiene Pública declaró inmediatamente que esa carta había causado estupor al cuerpo médico nacional. Se le exigió a Capdehourat, "datos científicos, y no charlatanismo". Lo cierto es que Capdehourat se había excedido. En su entusiasmo sembraba agravios. Pidió que se le enviaran enfermos del hospital, "aunque estuvieran moribundos", comprometiéndose a salvarlos. Esa pretensión constituía una ofensa para los médicos del Hospital de Caridad, doctores Gutiérrez y Ferreira, que habían perdido algunos enfermos en esa epidemia, después de haberlos sangrado con sanguijuelas.

Desagradable el giro de la cuestión. Se llegó rápidamente al insulto personal, utilizándose seudónimos en las publicaciones.

De pronto Capdehourat se jugó la última carta. Aseguró que el gobierno negaba la tifoidea, "por temor de que el comercio se interrumpiera viendo nuestro pabellón infectado".

La Junta contestó por el Gobierno: "Suspéndese en el ejercicio de su profesión, por seis meses, al doctor don Pedro Capdehourat".

Era el 4 de Diciembre de 1839 cuando el altivo francés empezó a cumplir la pena impuesta. Con ella terminó esta polémica tan poco edificante.

A los cien años, vemos claro. La imputación de Capdehourat, dirigida al Gobierno, podría ser calumniosa, en cuanto a la intención que le atribuía de ocultar una epidemia por no perjudicar la plaza comercial. No lo era, en cuanto a la realidad de la epidemia denunciada. La ciudad vieja rebosaba de tíficos. La epidemia había llegado como un regalo de la escuadra francesa, anclada todavía en el puerto cuando la polémica tocaba a su fin. Capdehourat pagó sus palabras. Pero la tifoidea no desapareció. El día que se firmó el decreto suspendiendo al médico, la tripulación de la fragata Atalante sacaba de sus bodegas, para llevar al camposanto, el cadáver de un muchacho. Era el grumete Jean Pierre, que, como Capdehourat, había pasado su infancia en un alegre pueblecito de los Bajos Pirineos.

AL SERVICIO DE LOS UNITARIOS. —

La condena de Capdehourat puso su nombre en todas las bocas. Empezó pronto a hablarse de su martirio. "Unos legos" estimaban en mil a dos mil patacones los perjuicios que sufriría en la forzosa inactividad de seis meses. Un diario maltrata al francés. Otro lo exalta hasta endiosarlo.

En 1843 empieza el Sitio. Tres días después Andrés Lamas dice en documento oficial: "El Dr. en M. y C. don Pedro Capdehourat se ha presentado al Jefe Político y de Policía, ofreciendo sus servicios profesionales para el tratamiento de los heridos y enfermos de la valiente guarnición de Montevideo".



El doctor Pedro Capdehourat, uniformado de médico militar.

Capdehourat prestará sus servicios en el Hospital de sangre, y en las propias baterías, bajo el fuego. Hace más. Cede una sala en su casa, amplia pieza, con ocho camas para otros tantos heridos que atenderá personalmente. Proporcionará además, — y esto lo agradece el jefe especialmente, — "una gran cantidad de agua diaria".

La "casa de la Buenavista", propiedad de Capdehourat, y donde éste preparó una sala para heridos de guerra, estaba situada en la calle Uruguay 242. Con sus colegas compatriotas organizó inmediatamente el servicio de sanidad de la Legión Francesa. Se reservó en el la vigilancia médica de los batallones 3º y 5º de Cazadores vascos.

¿Por mucho tiempo? Por siete meses. Con fecha 2 Setiembre 1843 renunció, "por exceso de trabajo", al honor de cuidar los enfermos y heridos de la Legión. En su Hospital de la Buenavista, "atenderé a todo enfermo sin distinción de patria". Exalta el mismo su actitud. "He tomado, — dice, — con respecto al Gobierno oriental, un interés público que estoy orgulloso de mantener hasta el fin de la crisis".

Se engañaba el francés. Su renuncia de médico de la Legión marca, para nosotros, el principio en la evolución de sus ideas políticas.

Se fué al Cerrito en Febrero del 45. Lo hubiera hecho antes a serle posible. Los vascos españoles iban llegando al país, y tomaban pronto el camino del campo sitiador, yendo al encuentro del catolicismo conocido del Jefe blanco. Así los carlistas Amilivia, Guruchaga, Basterrica.

Capdehourat era masión. Hay que buscar en otro lado su defección repentina. De las causas que examina M. Bertrand, nos seduce algo ésta: los celos profesionales, las rivalidades con sus colegas franceses, lo empujaron hasta el Cardal cercano. Pero no se va enseguida. En Enero del 44 la prensa nos ilumina su penumbra. Capdehourat asiste gratuitamente al pobrerío de la ciudad. Los boticarios no despachan sus recetas. Instala entonces el médico una botica en su Casa de Sanidad, y desde allí regala a las familias menesterosas, los remedios que no podrían adquirir sino por la dadiva.

UN CAMPESINO. —

Cuarenta y dos años tenía cuando llegó a la Restauración. No representaba esa edad. Pequeño, magro, tez blanca, lampiño. Una ojeada a su origen. Era un campesino bearnes, al que el estudio de una carrera como la medicina, no había conseguido arrancar las huellas impresas a su alma por el campo de Francia.

Tenía manos pequeñas y delicadas. Por ellas tal vez se hizo guitarrero en los ocios comunes con su amigo Maturana. Esas manos habían labrado la tierra. Recordándolo se levantaba aquí con el alba, desayunaba con su sopa de coles y su pan negro, mientras su navaja separaba las rebanadas al jamón ahumado que colgaba de la cocina aldeana.

Alma simple la de este gran médico que



El doctor León Capdehourat, hijo de Pedro.

tuvo en sus albores nuestro pueblo, y al cual no pudo acriollar nunca del todo el ambiente nuevo. Fué siempre un campesino francés, con todas sus características, hasta con ésta, que lo diferencia de los aldeanos de todas las comarcas de la tierra: brusco en los poblados, demasiado fino para los campos. Eduardo Encina lo hubiera empotrado en uno de sus frisos.

APARECE EL FEDERAL. —

Un sólo médico ejercía en el Cardal en 1845, época en la que desembarcó en las costas del Buceo, Capdehourat, fugitivo de Montevideo. Era el doctor José María Azarola, español andariego, cuyo fervor por la causa oribista se exaltó por esa época, a raíz de su supuesto degüello por la **gente** de Maza.

Visitó Capdehourat al general Oribe en su campamento. De esa visita resultó el afincamiento del francés en el Cardal, donde no había cirujanos. En un rancho largo, de dos aguas, con los mojinetes orientados de Este a Oeste, sobre la paralela norte al camino Real, estableció Capdehourat su Hospital de sangre. Ladrillo y barro. Cuatro piezas corridas, tres con puerta a la callecita sin nombre, que sería **Maroñas** desde el 49, y **Juanicó** después del 67. Un ventanuco con reja, dos pequeños ombúes, que pronto desaparecieron, la teja acanalada, y el farol del sur, completaban la fisonomía del Hospital, fielmente evocada por Aguerre en el grabado adjunto.

En ese rancho cumplía Capdehourat su primitiva cirugía de guerra, enriquecida en 1847-48, por el éter primero, y luego por el cloroformo.

El médico nacido en la campiña de Montgicar, ejercía frecuentemente en los campos que rodeaban el Cardal. Iba por el lado del mar y del Este, hasta las más lejanas tierras de don Juan María Pérez y de don Doroteo García. Domeñaba los arenales y los arroyos con su famosa yunta de tordillos. Un poco distinto el aspecto de nuestra campiña, tan despoblada con relación a la francesa. A dos leguas de la Restauración había rodeos. Fueron luego trigales. Más tarde tambos. Ahora quintas.

En el Manga y Toledo las chacras que fueron de los Artigas. Enfrente, hacia el bañado, la fábrica clandestina de aguardiente, de J. Martín, en chacra conocida por de Portal, lindando con las tierras de don Federico Nin Reyes. Junto al camino a Maldonado, la grasería famosa, donde se mataba las yeguas para manufacturar la grasa y el sebo para el alumbrado de la ciudad.

Varias generaciones han pasado. Los campos han transformado su aspecto, la tierra se ha dividido, pero esos edificios se conservan intactos.

La población civil de la Restauración, la rural de las zonas citadas, y la militar del Cerrito, confiaban ciegamente en la ciencia de Capdehourat. Era el médico preferido del general Oribe.

El federal había aparecido pronto, apenas caída de los hombros de Capdehourat, la capa con que se había cubierto en los dos primeros años de la guerra, cuando era médico de la Legión.

Cuando terminó la guerra ya contaba la Restauración con un discreto número de médicos. José María **Azarola**, industrial más tarde, con velería en el Buceo. Pedro **Vavaseur**, de la Facultad de París, como Agustín **Robert**, con quien instaló en nuestro pueblo de la Unión, el año 52, en calle del Colegio, frente al Pasteur de hoy, el primer Sanatorio médico-quirúrgico del país. Pedro García **Diago**. Francisco **García de Salazar y Morales**, apóstol, de quien nos ocuparemos muy pronto. Y José R. de **Mattos**, de la Universidad de Coimbra, especializado en enfermedades tropicales después de una estadía de seis años en Río de Janeiro.

LO EJECUTAN. —

Durante algunos años Capdehourat vivió en la calle del general Artigas, a cien metros de la callecita del Cardal, en la casa donde vivió después, hasta su muerte, su hijo León. Ocupó más tarde una manzana sobre la misma calle, hoy 8 de Octubre, entre las que se denominan actualmente Sanguinetti y Crocker. El límite Este lo marcaba una hondonada natural, un trozo de la zanja Reyuna. Con sus propias manos plantó álamos el médico francés a lo largo de la hondonada. La casona casi no se veía del camino Real, semioculta por los limoneros y los naranjos.



Hospital de Capdehourat, en la Unión. — Grabado de Aguerre. — Fué demolido en 1912.

Apenas terminada la Guerra Grande la suerte lo traicionó. El general Eugenio Garzón, el más seguro candidato a la Presidencia, murió sorpresivamente. Capdehourat lo había asistido. Lo había asistido acudiendo desde la Restauración al llamado hecho desde Montevideo, olvidando que Garzón había defeccionado la causa de la Confederación Argentina. La adhesión a Oribe no tenía límites en el doctor Pedro Capdehourat. No vaciló sin embargo en atender al adversario que era ahora Garzón.

El Gobierno pidió la autopsia. Se nombró un Tribunal. Por haber errado el diagnóstico y equivocado el tratamiento, se suspendió al doctor Capdehourat por 8 meses en el ejercicio de su profesión. Cumplió la pena, de diciembre 4 de 1851, a 4 de agosto de 1852.

Estudiaremos detenidamente la historia de esa autopsia. Pero no podrá ser en este trabajo.

Esperamos obtener la pieza anatómica necesaria para un exacto diagnóstico retrospectivo. La pieza anatómica, que,—tiene el lector el deber de asombrarse—se conserva todavía en perfectas condiciones.

EL HOMBRE ACTIVO, Y EL HOMBRE OPTIMISTA. —

El hombre activo que era Capdehourat, debió sufrir por el descanso forzoso. Frenado su dinamismo, se desató, una vez en libertad, en proyectos. Uno de ellos es casi desconocido de los eruditos. Lo publicó "La Constitución", de 10 de agosto de 1852.

El Presidente Giró ha creado tres becas por departamento, para los tres mozos más pobres entre los seleccionados por su talento. El Colegio de la Unión les abrirá sus aulas.

El obstétrico distinguido que es Capdehourat se asocia entonces al gesto del Gobierno, creando en su quinta una Escuela de Parteras. En ella dará lecciones gratuitas "a una persona del sexo femenino por cada departamento".

¿Funcionó esa primera clínica obstétrica del país? Tenemos nuestras dudas. Esta frase del profesor Capdehourat, aparentemente inofensiva, pudo muy bien decretar el derrumbe de la clínica: "Me comprometo —decía en el comunicado, en frase jactanciosa— a darlas prontas a todas en seis meses".

Capdehourat se acercaba a los 50 años, y conservaba intacto... su optimismo. De cualquier manera, la Escuela parece no haber funcionado nunca.

No habrá triunfado ese proyecto generoso, pero muy pronto realizó uno de sus sueños. En el mismo rancho donde había instalado su Hospital de sangre de la Guerra, inauguró con gran fiesta, en 2 de Noviembre de 1856, una Casa de Sanidad. Estaba destinada a enfermedades crónicas. Era un médico completo que no rehuía las especializaciones, aunque su predilección lo empujó siempre a la urología.

Su fama era extensa, y los honores se le acumulaban. Está ausente de Montevideo en Octubre del 63, con el ejército del general Medina, en momentos que queda vacante el puesto de Cirujano Mayor del ejército nacional.

Por la pluma de don F. X. de Acha propone "El País" al doctor Azarola.

"La Reforma Pacífica" reivindica para Capdehourat ese honor que culminará su carrera.

Años antes, en Abril del 58, había sido nombrado médico de la Comisión de Inválidos, en reemplazo del doctor Gualberto Méndez.

UNA SOMBRA AGASAJANDO FANTASMAS

Se acercaba ya a los 80 años, y aun ejercía la medicina. Su hijo León le preparaba poco a poco el descanso, tomando el cuidado de sus enfermos. La vida iba dejando al anciano en la soledad. Casi todos sus viejos amigos lo habían precedido en el gran viaje. A cierta edad los hombres no tienen lágrimas, pero las separaciones definitivas toman para ellos aspectos de verdaderos desgarramientos. Eso fué para Capdehourat la muerte de Basañez, y poco después la del presbítero Lázaro Gadea, el mismo que había presenciado 60 años antes la ejecución de Liniers.

Salía poco ahora, y cumplía entonces, muy lentamente, sus antiguas caminatas por el pueblo que viera levantar tantos años antes. Usaba su bastón. Pero no aquel que le regalara Oribe, de ébano, estoque de Toledo, y fino mango de oro labrado. Una simple vara de guindo, llena de nudos. Podía ser la de Esculapio, aunque el viejo médico no podía conocer sin anacronismo la palabra de Baissette: "nudos múltiples, para marcar las dificultades de este arte lleno de escollos, y la longitud del tiempo que es necesario emplear para hacerse su artífice".

Fuera de esos raros paseos, era una breve línea oscura, errando bajo la sombra de sus naranjos...

En el último invierno se le notó alguna rareza. Vivía solo. Su hija, con el espíritu en nieblas desde tantos años antes, no contaba en la casa. Melancólico, su almuerzo solitario en el gran comedor en el que reuniera treinta años antes a tantos jefes y oficiales del Cerrito. Su vieja ama de llaves enjoyaba alguna vez ese comedor lleno de cuadros, y de recuerdos. Le devolvía su antiguo esplendor. Sobre la amplia mesa la rica mantelería. La vajilla de plata, y la cristalería europea. Crepitaban los troncos en la chimenea, y el viejo cirujano descendía a soñar. Para esas raras ocasiones en que **esperaba** sus **huéspedes**, el gentleman que siempre llevó dentro, se vestía con el uniforme de gala. Estaba asimilado a coronel por sus servicios en cuatro guerras. La del Sitio Grande, que había presenciado al principio su devoción por los vascos heridas en defensa de Montevideo, y luego su fanatismo por el general de Ituzaingó. La del 57-58, con el general Medina. La del 63 con el ejército legal que se opuso a la revolución florista. La del 70-71, con las trágicas sangrías de la Unión, del Sauce, y de Manantiales.

Las sombras se corporizaban. Estaban allí Lasala, Artagaveytia, Servando Gómez, Olid, Aparicio, el general Núñez, el doctor Villademoros. Y el jefe. La figura térrea de Oribe con su don de gentes, que le hacía pedir disculpas por su rebelde tos.

Uno de los rincones del comedor desbordaba de libros. Huídas las sombras queridas, buscaba un refugio junto a la chimenea. Como a Stelio, lo atraía el fuego. Junto a la alegre llama, dialogaba con Corneille. Olvidaba así sus borrascas morales...

En el ensueño de ese anciano Brummel que no tuvo caída, pudo muy bien figurar su pueblito natal. Salas, de Montgicar. Un muchacho ardiente, frente a una boca en flor.

✡

La miocarditis detuvo el corazón del viejo francés del sur. Eran exactamente las tres de la tarde del 6 de agosto de 1880. Cubrieron el féretro con la bandera nacional, y el pueblo en masa acompañó sus despojos hasta el cementerio.

Santos quiso honrarlo. Creyendo hacerlo, hizo cumplir los honores decretados, por el 5º de Cazadores...

M. FERDINAND PONTAC.



Doctor Pedro Capdehourat.

OLEGARIO ANDRADE A TRAVES DE ALGUNOS DE SUS POEMAS

La gloriosa gesta emancipadora, cumplida en la parte central y sur del continente americano, durante el primer tercio del siglo XIX, brindó estupendos motivos de inspiración para sus cantos a tres o cuatro generaciones de poetas.

En mi opinión, el ciclo de estos poetas se abre con el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, autor, entre otros bellísimos poemas, de una solemne oda a la batalla de Junín, y se cierra con Olegario Víctor Andrade, en quien, la poesía inspirada en la epopeya libertadora, no contará ya más el pasado de América, sino su futuro.

En las líneas que subsiguen me ocuparé de este último poeta, víctima de un incomprensible olvido precisamente en estos días en que cobran inesperada actualidad, no sólo en la Argentina, su patria, sino en las demás repúblicas del continente, las encendidas estrofas de uno de sus más recios y majestuosos cantos, en el cual, dirigiéndose al mundo entero, proclama la intangibilidad de América frente a las amenazas de restauraciones de regímenes oprobiosos y de nuevos repartos de ajenas tierras, obra de los mismos negociadores o negociantes de siempre, que ayer al servicio de las viejas dinastías de sangre y hoy de las nuevas dinastías económicas, cumplen, en todos los tiempos, su única e nvariable misión: perpetrar contra el derecho y la justicia los más alevosos crímenes internacionales.

El poema se titula: "**La Libertad y la América**", y fué escrito con motivo de la expedición punitiva que emprendió el entonces Reino de España contra la República del Perú en el año 1862, hecho éste que acusó gran alarma en estas regiones, pues no se descartaba un intento de reconquista de sus ex-colonias por parte de la mencionada nación, bajo el pretexto de salvaguardar la vida y propiedad amenazadas de algunos súbditos. Como se ve, el pretexto de siempre.

Nadie podrá negar que el hecho tiene, en estos instantes que vive el mundo, y, en particular América, todo el valor de un antecedente y el canto de Andrade el de una advertencia a las autocracias.

He aquí algunas de las vibrantes estrofas del magnífico poema:

Aquí, donde la mano de un dios omnipotente
Talló para su gloria gigante pedestal;
Aquí donde levantan salvaje y elocuente
Las ondas y el desierto, las brisas y el torrente,
En nubes de armonías, un himno colosal;

. . . .

Aquí, donde una idea del cielo desprendida
Derrama sobre un mundo su eterna claridad,
Y en brazos de los tiempos la libertad se anida
Como corriente eterna de inagotable vida;
Donde apagar pudiera su sed la humanidad;

. . . .

Aquí la vieja Europa con mano enflaquecida,
Con la altanera audacia de la codicia vil,
Quiere injertar su sangre, su sangre corrompida,
Que se derrama a chorros por anchurosa herida,
En la caliente sangre de un pueblo varonil.

. . . .

¡América! tus ríos te ofrecen ancha copa,
La túnica del iris espléndido dosel,
Las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
En tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
Las razas del futuro te buscan en tropel.

"Ni siervos ni señores, ni estúpido egoísmo"!
Al universo anuncia tu gigantesca voz.
En vez de las almenas del viejo feudalismo,
Con la frente en el cielo, la planta en el abismo,
Levántanse los Andes para tocar a dios!

. . . .

. . . .

¡América! desnuda tu espada justiciera
Para cerrar el paso a la conquista vil;
Soplidos de pampero sacudan tu bandera,
Y suenen en las cumbres de la alta cordillera
Las músicas marciales de Maipo y de Junín.

☼

Andrade cree que América está llamada a cumplir una misión, que podríamos llamar civilizadora, frente a un viejo mundo trabajado por inextinguibles odios seculares engendrados a través de una historia de sucesivas rapiñas, donde la espada traza fronteras y modifica o impone, sin consultar a los pueblos, regímenes institucionales, cortando a tajos los nudos gordianos de los conflictos con absoluto menosprecio de toda norma de equidad, de toda ley y de todo derecho.

En su poema titulado "**Atlántida**", definido por el mismo Andrade como canto al porvenir de la raza latina en América, raza de cuya historia traza un cuadro que parece imposible concebir y realizar mejor, nos dice que el descubrimiento de un nuevo mundo:

"Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas,
¡Era lo que soñaba!
¡Ambito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
¡La libertad, la gloria y el progreso!"

Y cierra el poema con esta reafirmación de su fe en la vocación humanitarista de América:

¡Atlántida encantada
Que Platón presintió! promesa de oro
Del porvenir humano-Reservado
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia,
Los Césares del genio y de la espada —
Aquí va a realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos—
¡La más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

Esta idea ya estaba en germen en los siguientes versos que tomo de otra de sus poesías:

América! tú eres la etapa postrimera
Que en su anhelar eterno soñó la humanidad

Y para los gobernantes de algunas naciones americanas, que contrariando la tradición liberal y la filosofía solidarista de estos pueblos pretenden aclimatar en tan inapropiado terreno la planta exótica de la ridícula teoría racista, que no sirve otros fines que los subalternos de la explotación y el despojo; para esos gobernantes que sancionan leyes de indeseables para impedir la entrada a estas tierras de una inmigración laboriosa, compuesta por hombres que se han visto obligados a abandonar sus patrias de allende los mares donde imperan sanguinarios tiranos; para esos gobernantes, ahí va esta profecía del gran poeta que se cumplirá, se está cumpliendo ya, en toda su generosa amplitud.

Con el pensamiento puesto una vez más en el futuro de América, dice:

Aquí, donde algún día vendrán
[las razas parias
A entrelazar sus brazos en frater-
[nal unión,
[plegarias,
Cantando los esclavos su eterna
[redención.

☼

Andrade canta en sus poemas todo lo que representa progreso en el mundo; todo lo que eleva a la especie humana del nivel de la zoología al de la cultura y la civilización.

En su "**Prometeo**", el gran lírico argentino, con más fortuna que algunos contemporáneos, acomete la empresa de extraer de aquel mito cosmográfico su profundo sentido humano que una exégesis erudita había puesto en claro ya, pero sin el calor de vida que el poeta le infunde y sin el ampuloso desarrollo que una exuberante fantasía le imprime, a través de una sucesión de imágenes y alegorías de deslumbrante colorido y sorprendente novedad.



El significado del mito de Prometeo había sido dado ya, pero nunca en un poema cuyos versos nos traen fragores de sobrehumana contienda.

¿Y cuál es el significado de ese mito, o, mejor dicho, del mito tal cual lo expone nuestro poeta? El mismo Andrade se encarga de explicarlo con estas palabras:

"El autor de esta fantasía no ha hecho más que un canto al espíritu humano, soberano del mundo, verdadero emancipador de las sociedades esclavas de tiranías y supersticiones".

Supersticiones, agrego yo, que son, también, tiranías y no por cierto de las más fáciles de vencer.

La introdución del poema es soberbia, digna de las desmesuradas proporciones del drama que le sirve de asunto, cuyos protagonistas son dioses y titanes y cuyo escenario abarca entera la extensión de la tierra y del cielo.

Helo aquí:

Sobre negros corceles de granito
A cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
A escalar el Olimpo los Titanes.

Como en todos sus poemas, aquí también abundan las metáforas que sobrepasan los límites de lo bello y llegan a lo sublime, dejando al ánimo en suspenso, absorto en la admiración de una imaginación creadora desbordante, de irresistible empuje, que domina las fuerzas telúricas y las hace servir los fines del Arte.

He aquí como pinta, por ejemplo, la montaña en que Prometeo va a sufrir el suplicio a que lo condena Zeus, por haber dado a los hombres el fuego y enseñádoles su uso:

El Cáucaso, caballo de batalla
De algn Titán caído
Al galope del relámpago sangriento,
Se destaca sombrío
Con el cuello estirado, cual si fuera
A beber en el cauce turbulento
Del piélago bravío.

El titán, poseedor del don adivinatorio augura a su verdugo que tiene contados sus días.

Los apóstrofes que le dirige son de una grandilocuencia incomparable.

Tomo al azar algunos:

"Desata tus borrascas!
Lanza a los aires tu bridón de llama,
Caduco soberano,
Y despliega en los cielos tenebrosos
tu sangriento oriflama!
Será tu empeño vano
Soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el Titán que ha de tumbarte
De tu trono de nubes:
EL TITAN INMORTAL DEL PENSAMIENTO."

Y después de anunciarle que las ideas—"Mariposas de luz del pensamiento" — ya vuelan de las frentes de los hombres, se encara de nuevo con Zeus y le dice:

"Ellas me vengarán, Jove caduco:
Serán mis herederas.
Yo arrojé en el cerebro de los hombres
semillas de volcán, germen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
Redobla mi tormento;
Que ya viene el Titán que ha de vengarme:
EL TITAN INMORTAL DEL PENSAMIENTO.

Y el poema concluye con esta estrofa:

Arriba, pensadores!
Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
Arriba! Que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo expiren
Con doliente y confuso clamoreo!
Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo!

Tales son, entre otras no menos grandes las ideas que el estro de Andrade cinceló, en versos de una robustez y de una armonía difíciles de superar.

Francisco GUEVARA ROSELL.

S O C I A L E S



Srta. OLGA GONZALEZ FERNANDEZ
(Foto Marchese).



Srta. POMPA CAORS[illegible]NEZ
(Foto Marchese).



CHICHITA MAGGIOLO IGLESIAS
(Foto Marchese).



Srta. RENEE BENZO BORDERRE
(Foto Marchese).



MARIA JULIA PARODI PASTURA.



AGUSTIN JUAN BELLO SOSA.





Cristo y los ángeles músicos.



Angeles músicos.



Angeles músicos.



Adoración de los Magos.

PINTURA FLAME

HANS

No se concibe a Brujas sin Memlinc, como no se puede imaginar a Memlinc sin Brujas.

El pintor como la ciudad se ceden recíprocamente esa dulzura, ese encanto y esos matices del alma y del cielo. Así Toledo y el Greco, Parma y el Correggio se compenetran en la unión de su fervor y de su espíritu. El contacto de Memlinc con Brujas influyó en la leyenda del siglo XVIII. En la que hizo nacer, en Dormmes, en Flandes, el héroe de un relato en el que se ve un soldado del Temerario desvanecerse ante el Hospital de San Juan, encontrar cobijo y pan, enamorarse de la monja a su cuidado, abrir los ojos a su conducta desordenada y enmendarse con sus pinceles "al retorno de los meses embelesados". Pero cla-
ro, nada de eso es verdad
clamar con Fromentin: ¡qué

Lo que se sabe hoy de M
pocas líneas. El maestro
entre 1430 y 1440 en Mom
Mayence. Debió pasar pa
el sensible Stephan Lochn
bre. Habrá frecuentado el
Van der Weyden en Bruse
sistido a Valencienne don
conocido a Simón Marmio
hemos usado con mucha
po condicional. En 1466
Brujas. Hasta 1480 su no
en el registro de oficios d
mismo año adquirió tres
bleció con su familia en
Domus magna lapidea. Se



Tomaso Portinari.



Martirio de San Sebastián.



Retrato de Bárbara de Vlaenderbergh.





Ascensión.





Místico matrimonio de Santa Catalina.



Leyenda de Santa Ursula.



...CA: MEMLINC

...emos ex-
...l.
... cabe en
...bió nacer
...cerca de
...a donde
... ya céle-
... Rogelio
...biera re-
...ez habrá
...ta ahora
...a el tiem-
... está en
... aparece
...tores. El
... se esta-
... ellas: la
...a que su

mujer Ana de Valkenaere, tenía fortuna pero se puede pensar que un artista de su fama, hacíase pagar caro por los financiecos extranjeros (los Portinari, los Tani, emisario de los Medicis), los magistrados municipales, los Moreel y los Nieuwenhove y hasta por los religiosos que le encargaban retablos, dípticos, retratos y madonas. De todos modos, sea por lo que fuere, vivió rico. En todo Brujas no había más que ciento cuarenta burgueses que pagasen más impuestos que él. Murió el 11 de agosto de 1494 y fué enterrado en el cementerio de la iglesia de San Gilles. El texto del cual hemos| sacados estos últimos detalles lo proclama: "El más hábil y excelente pintor de todo el mundo cristiano".



Retablo de San Cristóbal.



Adoración de los Magos.

..Memlinc procede sin duda de Van der Weyden, pero sus más antiguos cuadros, que por otra parte no son obras de juventud, hacen más bien pensar en Thierry Bouts. El tríptico de Sir John Donne of Kidwelly, el "Martirio de San Sebastián" de Bruselas y los primeros retratos, entre los cuales "El hombre de la flecha", de New York. Se colocan un poco antes o después del año 1470. En estas obras no encontramos la grandiosa plasticidad| de Rogelio Van der Weyden. Parece que Memlinc ignora el drama: se complace en compaginar ceremonias bien ordenadas, en dar a sus modelos cierto aire flemático que refleja en cierto modo su falta de inquietud; procede eliminando lo propiamente individual, idealiza, arregla. Es seguramente más mundano que místico. Memlinc es un poco el deudor de cada gran pintor flamenco del siglo XV y, de esa manera resume una época, suavizando y armonizando sus puntos más característicos y llevando, por otra parte, la técnica de la escuela, a su más alto grado de perfección. Se ha hablado mucho de su ecletismo y de su clasicismo. Pero en su obra, de correcta elegancia y de sabios ritmos, hallamos más bien el origen de cierto academicismo. A los 30 ó 40 años el "Fray Angélico del Norte" consigue esa madura certeza graciosa y brillante aunque algo insensible. Pero ya no irá más allá, ya nunca más evolucionará y se repetirá a menudo. El deslumbrante "Casamiento místico de Santa Catalina", terminado en 1479,| con igual tema que el tríptico de Chatsworth, pero repetido con solemnidad y con ese admirable sentido del equilibrio y esa suntuosa maestría en el modo de interpretar los ropajes, la arquitectura y los paisajes. Encontramos él mismo esplendor y la misma serenidad en "La Natividad", "La adoración de los reyes magos" y "La Presentación" del hospital San Juan. También encontramos cierta emoción, pero sin ningún sentimiento trágico, en la Pieta, obra encargada por Adrien Reyns. El hombre que pinta un friso monumental como el "Cristo y los ángeles músicos", en Anveres es también capaz de desmenuzar con esmero, cualquier episodio con el mismo meticuloso cuidado que un iluminador.

Se considera por obra maestra en el estilo preciosista, los retablos que decoran la famosa urna de Santa Ursula, inaugurada el 21 de Octubre de 1489. Se ha comparado el arte del típico narrador con el más tornadoleado, de los croniqueros de la corte de Borgoña. En estas obras como en las otras — principalmente en sus madonas—, Memlinc persigue el eterno femenino a través de un tipo acabadamente definido de belleza aunque algo artificial: una frente abombada, una nariz vertical y más bien larga, una boca con labios finamente ondulados, una barbilla pequeña, ojos alargados y un aire ausente, distinguido, hierático y, si nos atreviésemos a decirlo, un poco "snob". Frente a un ícono semejante, Martín Van Nieuwenhove reza, y Jacques Floreins se arrodilla con su mujer y sus dieciocho hijos.

Menos realistas que los retratos de Van Eyk, menos esculturales que los de Van der Weyden, los retratos de Memlinc viven de una existencia a la vez carnal y espiritual en la que la expresión del personaje refleja en cierto modo la moral, la piedad y el orgullo de aquella época. Imágenes, desviando hacia la generalidad, las concesiones hechas a la naturaleza en particular. Verdades corteses, ejemplares, persuasivas. Es imposible olvidar las fisonomías de Juan de Cándida, de Guillermo Moreel, de su esposa la pálida y casi diáfana María Moreel y el desconocido de Mouritshuis.

¿Fué Memlinc, al final de su vida, sensible a la influencia italiana? Adornó de bellas guirnaldas floridas sus madonas del museo de Viena y de los Oficios, ésta pertenece a Cosme de Medicis. Y su Resurrección que está hoy en el Louvre. Tímido preludio al Renacimiento. Sin embargo, la pintura flamenca del siglo XV, dió, con el maestro Hans, su flor suprema y su más suave perfume. Armonía; sostenida y prolongada por Gerardo David. Después, empezó la decadencia de Brujas. El presentimiento de esta decadencia, proyecta algunas veces, sobre la tranquila, pura y seductora obra de Memlinc una sombra melancólica que la hace más estimable aun.

Paul FIERENS.



El hombre de la flecha.

La mujer de Tomaso Portinari.



A CIENTO CINCUENTA AÑOS DE LA REVOLUCION FRANCESA

4 DE AGOSTO DE 1789

En el momento en que voy a tratar de exponer a mis lectores del "Suplemento" la historia de esta noche del 4 de agosto de 1789, que permanece en el firmamento revolucionario estrellada de justicia y generosidad, yo vivo aún la emoción intensa de la conmemoración de nuestro 14 de Julio.

Yo sé que mi viejo París estuvo soberbio y magnífico; que toda Francia ha vibrado de entusiasmo, y que todos los corazones henchidos de fe en los destinos de la patria, se han elevado a la altura de los sacrificios que el mañana, incierto y sombrío, puede exigirles.

Pero sé también que el Montevideo oficial, y popular, se ha unido a nosotros en el transcurso de esta semana inolvidable, en una ferviente comunión, tan completa y tan fraternal que, —(perdóneme Robespierre)— yo no sabía decir si entonces era un hijo del Sena o del Río de la Plata...

Y el espejismo continúa.

Después de los telegramas, me llegan cartas, y me escriben, y me señalan todo que la espléndida juventud de nuestras filiales de la "Alliance Française" en el Uruguay, ha pensado y hecho en estos días de devoción ardiente.

Todo lo que la juventud "de esperanza vestida", puede ofrecer de sonrisas y de transportes gozosos, nos ha sido prodigado. Es preciso que la vieja tierra de la libertad, sea siempre bella y fecunda para enternecer y apasionar a las almas de veinte años! Nuestros viejos corazones de ciento cincuenta años te comprenden, te admiran y te aman, noble juventud!

*

Habíamos dicho que la toma de la Bastilla marca la entrada del verdadero pueblo de París en la Revolución, y que, por su victoria rápida e inesperada, la capital había sublevado y arrastrado a toda Francia. Nada es más exacto. Un mismo grito de triunfo repercutió en todo el reino. Las provincias se reconocieron en París, y siguieron su ejemplo. Los castillos de los Señores eran otras tantas bastillas execradas de los campesinos tiranizados por las contribuciones en especies y en dinero, las que con los impuestos de los agentes del rey, completaban la ruina del desgraciado labrador.

Desde el 20 de julio las provincias están en plena revuelta contra la tiranía nobiliaria y feudal. Y no obstante, ahí donde el señor había dado muestras de cierta humanidad hacia sus siervos, la revuelta campesina ataña a las cosas más que a las personas. Así, entre otros ejemplos sucedió que, habiendo sido acusado el Marqués de Montfermeil de acaparamiento, los habitantes de su ciudad fueron al Hotel de Ville de París, para declarar que este gentilhombre había sido, al contrario, el bienhechor de la comarca. En cualquiera otra parte donde el señor se había mostrado inexorable, despojándolos insolentemente, sin piedad, y sin justicia, de los diezmos, el campesino exasperado con sus miserias, y privado de sus cosechas, se arroja sobre los castillos y los incendia. Su arrebato destructivo tenía un fin preciso y claro: aniquilar en la llama los pergaminos y los títulos de propiedad, reducir a cenizas las prerrogativas que establecían los derechos del amo contra sus esclavos.

Era la abolición violenta, por la mano vengadora del pueblo, de la causa de sus miserias seculares, nacidas del sistema feudal, condenado por la Revolución.

Sin duda, los legisladores de la Asamblea nacional no habían intervenido aún; sin duda la ley no había condenado en su carta los repetidos abusos acumulados, ni fijado el nuevo contrato que se esperaba de ella: pero el ímpetu revolucionario sobrepasaba en mucho a las lentitudes y a la pusilanimidad de los diputados. Los elegidos de la burguesía temblaban tanto como los representantes de la nobleza y del clero, ante la voluntad y la clarividencia populares.

La constitución prometida se hacía esperar; la nación sufría las injusticias reconocidas, y no reparadas, con más violencia aún que la del hambre.

Las vehementes reivindicaciones campesinas, añadiéndose a las reivindicaciones de las ciudades de provincias y de París insurgente, vencedor de la Bastilla, colocaba ante la Asamblea Nacional el problema de la propiedad feudal, que ella no osaba abordar.

Se sentía fuertemente en Versalles, en la Asamblea como en la corte, que había llegado la hora de resolver y de obrar; que la época de los argucias, de procuradores, y de golillas retorcidas estaba cumplida.

Es el ruido de los castillos desmoronándose bajo el pico que completaba la obra del incendio, que la Asamblea comprendió "que era preciso tomar el duelo de las cosas antiguas".

La burguesía muestra una indecisión notable. Colocada entre la feudalidad a la que estaba impaciente por destruir, y el pueblo al que temía, intenta emplear la fuerza de las milicias que tenía formadas para combatir los excesos de la canalla sublevada, pero debió comprender prontamente que los millares de fusiles eran impotentes contra veinte millones de campesinos y obreros.

La nobleza fué menos circunspecta, más generosa, o más comprensiva.

¿De qué tenemos que vacilar nosotros?, dicen sus diputados. El destino se pronuncia. ¿Salvar el régimen feudal? ¡Ah!, no nos queda más que honrar de la mejor manera su agonía. Y decidieron que ellos, los primeros, propondrían la abolición de los derechos feudales. Conducir los funerales del pasado —decían—, era ahora el punto de honor de la nobleza!

¿Era pues únicamente la inquietud de limitar su expropiación forzada lo que arrastraba a la nobleza a su gesto de renunciamiento? ¿Era el miedo de zozobrar en el naufragio inminente, y de desaparecer sumergido en el torrente revolucionario que empujaba a los poderosos de ayer a ofrecer sus bienes y privilegios en holocausto al poderío terrible de la revolución inexorable?

Y bien! no. Para nosotros, escribe Luis Blanc, "no tenemos la naturaleza humana en tan pequeña estima, para que nos complazcamos en asignar a los hechos brillantes de la historia un origen deshonroso". "Enrojeceríamos si tuviéramos que reconocer que, siempre, inevitablemente la justicia es inferior en poderío, al egoísmo o al temor. No, no es así, y precisamente la gloria de la Revolución es el haber abrazado con su llama los corazones enemigos, de haber visto a esos mismos que golpea, caer de hinojos ante ella, llenos de respeto y admiración".

No, ciertamente, no es justo humillar al hombre cuando se exalta por una gran acción, que es, a pesar de todo, su obra, mismo si ésta surgiera de las míseras tinieblas de su conciencia atormentada, de su espíritu vacilante, y de su carácter voluble. Si el hombre, por un momento cedió al egoísmo y al miedo, supo, agrupado, reaccionar sentimentalmente, y elevarse al nivel moral donde las mezquindades están olvidadas.



DÉCLARATION DES DROITS DE L'HOMME ET DU CITOYEN,

Décretés par l'Assemblée Nationale dans les séances des 20, 21, 23, 24 et 26 aout 1789, acceptés par le Roi.

PRÉAMBULE

Les représentans du peuple François, constitués en assemblée nationale, considérant que l'ignorance, l'oubli ou le mépris des droits de l'homme sont les seules causes des malheurs publics et de la corruption des gouvernemens, ont résolu d'exposer, dans une déclaration solemnelle, les droits naturels, inaliénables et sacrés de l'homme, afin que cette déclaration, constamment présente à tous les membres du corps social, leur rappelle sans cesse leurs droits et leurs devoirs, afin que les actes du pouvoir législatif et ceux du pouvoir exécutif, pouvant être à chaque instant comparés avec le but de toute institution politique, en soient plus respectés; afin que les réclamations des citoyens, fondées désormais sur des principes simples et incontestables, tournent toujours au maintien de la constitution et du bonheur de tous.

En conséquence, l'assemblée nationale reconnoit et déclare, en présence et sous les auspices de l'Etre suprême, les droits suivans de l'homme et du citoyen.

ARTICLE PREMIER

Les hommes naissent et demeurent libres et égaux en droits. les distinctions sociales ne peuvent être fondées que sur l'utilité commune.

II

Le but de toute association politique est la conservation des droits naturels et imprescriptibles de l'homme. ces droits sont la liberté, la propriété, la sûreté, et la résistance à l'oppression.

III

Le principe de toute souveraineté réside essentiellement dans la nation, nul corps, nul individu ne peut exercer d'autorité qui n'en émane expressément.

IV

La liberté consiste à pouvoir faire tout ce qui ne nuit pas à autrui. Ainsi, l'exercice des droits naturels de chaque homme, n'a de bornes que celles qui assurent aux autres membres de la société la jouissance de ces mêmes droits, ces bornes ne peuvent être déterminées que par la loi.

V

La loi n'a le droit de défendre que les actions nuisibles à la société. Tout ce qui n'est pas défendu par la loi ne peut être empêché, et nul ne peut être contraint à faire ce qu'elle n'ordonne pas.

VI

La loi est l'expression de la volonté générale; tous les citoyens ont droit de concourir personnellement, ou par leurs représentans, à sa formation; elle doit être la même pour tous, soit qu'elle protège, soit qu'elle punisse. Tous les citoyens étant égaux à ses yeux, sont également admissibles à toutes dignités, places et emplois publics, selon leur capacité, et sans autres distinctions que celles de leurs vertus et de leurs talens.

VII

Nul homme ne peut être accusé, arrêté ni détenu que dans les cas déterminés par la loi, et selon les formes qu'elle a prescrites. Ceux qui sollicitent, expédient, exécutent ou font exécuter des ordres arbitraires, doivent être punis; mais tout citoyen appelé ou saisi en vertu de la loi, doit obéir à l'instant, il se rend coupable par la résistance.

VIII

La loi doit établir que des peines strictement et évidemment nécessaires et nul ne peut être puni qu'en vertu d'une loi établie et promulguée antérieurement au délit, et légalement appliquée.

IX

Tout homme étant présumé innocent jusqu'à ce qu'il ait été déclaré coupable, s'il est jugé indispensable de l'arrêter, toute rigueur qui ne seroit pas nécessaire pour s'assurer de sa personne doit être sévèrement réprimée par la loi.

X

Nul ne doit être inquiété pour ses opinions, mêmes religieuses pourvu que leur manifestation ne trouble pas l'ordre public établi par la loi.

XI

La libre communication des pensées et des opinions est un des droits les plus précieux de l'homme. tout citoyen peut donc parler, écrire, imprimer librement, sauf à répondre de l'abus de cette liberté dans les cas déterminés par la loi.

XII

La garantie des droits de l'homme et du citoyen nécessite une force publique. cette force est donc instituée pour l'avantage de tous, et non pour l'utilité particulière de ceux à qui elle est confiée.

XIII

Pour l'entretien de la force publique et pour les dépenses d'administration, une contribution commune est indispensable, elle doit être également répartie entre tous les citoyens, en raison de leurs facultés.

XIV

Les citoyens ont le droit de constater par eux-mêmes ou par leurs représentans, la nécessité de la contribution publique, de la consentir librement, d'en suivre l'emploi, et d'en déterminer la quotité, l'assiette, le recouvrement et la durée.

XV

La société a le droit de demander compte à tout agent public de son administration.

XVI

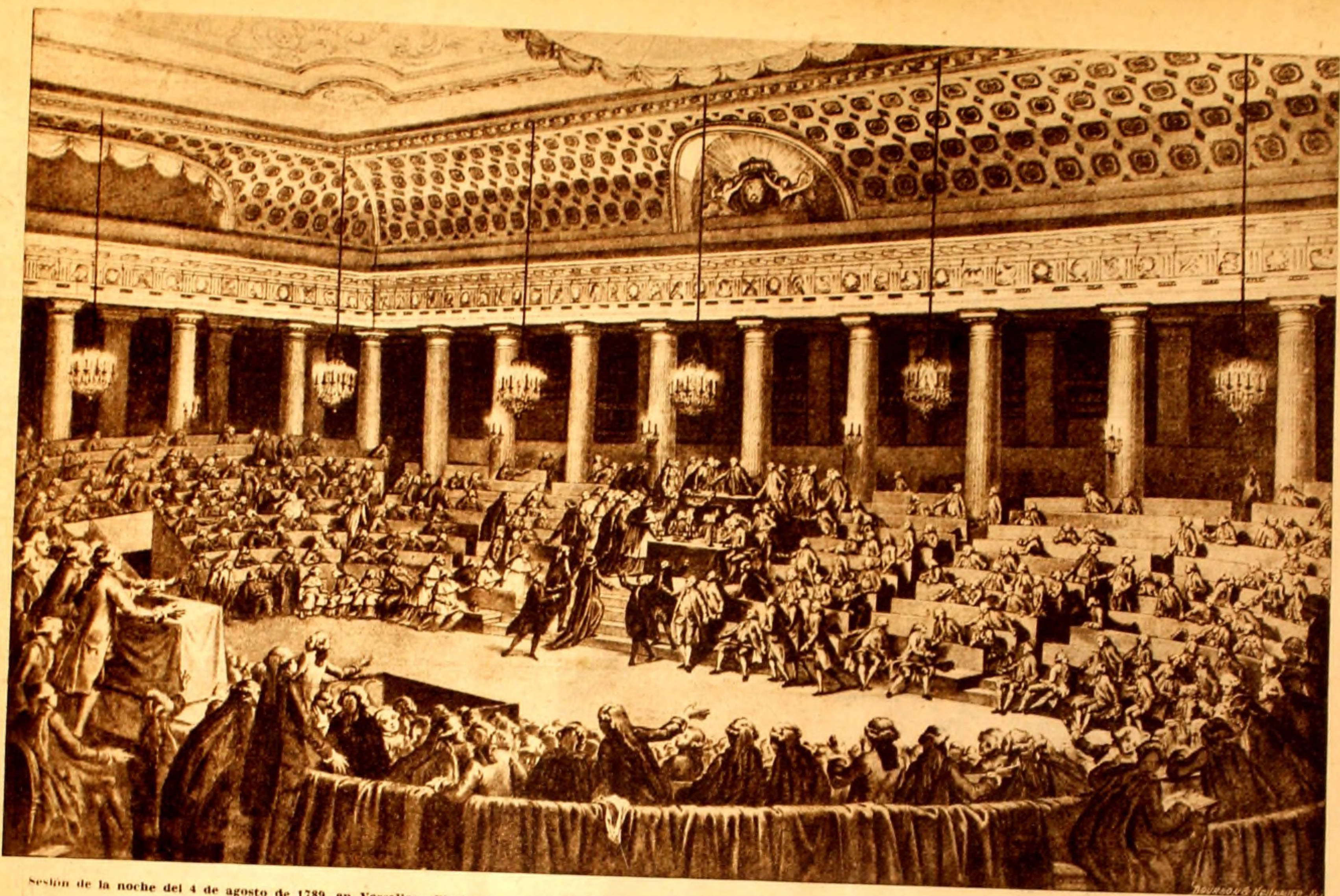
Toute société, dans laquelle la garantie des droits n'est pas assurée, ni la séparation des pouvoirs déterminée, n'a point de constitution.

XVII

Les propriétés étant un droit inviolable et sacré, nul ne peut en être privé, si ce n'est lorsque la nécessité publique, légalement constatée, l'exige évidemment, et sous la condition d'une juste et préalable indemnité.

AUX REPRÉSENTANS DU PEUPLE FRANÇOIS.

El 26 de agosto de 1789 la Asamblea Nacional adoptó el acta de la Declaración de los Derechos del Hombre, que Talleyrand definió como la ley del legislador. Ley bien incompleta, sin duda, pero cuya adopción marca nada menos que uno de los más grandes momentos de la historia de la humanidad.



Sesión de la noche del 4 de agosto de 1789, en Versalles. El abandono de todos los privilegios.

Y esta noche del 4 de agosto queda, frente a la historia, como un gran acontecimiento humano.

Fué un martes, a las ocho de la noche, en Versalles, cuando la Asamblea Nacional presenta uno de los más bellos espectáculos que una reunión de hombres puede ofrecer. Las fisonomías reflejaban una preocupación grave. Los diputados de la nobleza parecían resueltos a los gestos definitivos.

Target, diputado del Tercio, se levanta y lee un proyecto de proclamación que pedía respeto para las personas, y para las propiedades. Apenas hubo terminado su corta disertación jurídica, el Vizconde de Noailles, uno de los más grandes títulos de la nobleza, se levanta y replica:

"Quieren proteger las personas, garantir las propiedades, fundar el reino de la ley, extinguir el incendio que han encendido en los cuatro puntos de Francia! Y bien, que den tregua a las exhortaciones vanas! La salvación... es la justicia, es decir:

La igualdad en el impuesto;

La destrucción de privilegios que aplastan al pueblo;

La abolición de los derechos feudales mediante rescate;

La abolición sin rescate, de las cargas señoriales y de todas las servidumbres personales".

El duque de Aiguillon, gran título, y fortuna inmensa, apoya la moción de su colega.

El entusiasmo de su adhesión arrastra las últimas timideces de la Asamblea.

Un diputado oscuro, Le Guen de Kérengal, quien jamás había subido a la tribuna, toma la palabra, no para pronunciar un discurso, sino para hacer un acta:

"Que nos traigan esos títulos que ultrajan el pudor, que insultan a la humanidad, que fuerzan a los hombres a engancharse a una carreta como los animales de labor. Que nos traigan esos títulos en virtud de los cuales, hay hombres que pasan las noches batiendo los estanques para impedir que las ranas turben el sueño de un voluptuoso señor". Sí, sí! gritan desde todos los bancos y de todas las tribunas.

Fué entonces, según se dijo, una explosión de histeria colectiva.

"Pintar fielmente la embriaguez santa, la indomable embriaguez de la cual esta noche del 4 de agosto de 1789 señala el misterioso imperio, aún los escritores que estuvieron presentes vanamente han intentado describirla. Fué una fiebre de generosidad, fué un delirio de abnegación de los cuales los anales de ningún pueblo no tuvieron jamás nada comparable. El marqués de Foucault se quejaba de los abusos de las pensiones de corte, y entonces los duques de Guiche y de Mortemart se apresuraron a declarar que la alta nobleza, se sentiría orgullosa de renunciar, para el bienestar común, a los beneficios del rey. El duque de Châtelet propone convertir los diezmos en censos pecuniarios; el vizconde de Beauharnais de proclamar a todos los ciudadanos admisibles en las funciones públicas; el conde de Custine, de poner el precio de rescate de los derechos feudales a una tasa tan poco elevada, que fuera accesible a todos sin gran sacrificio; el duque de la Rochefoucauld, de libertar a los negros de las colonias; M. Cotin, de suprimir los juicios señoriales; M. de Richer, de abolir la venalidad de los oficios.

La emoción iba creciendo. Una impaciencia que no difería del heroísmo, confundía los votos y acercaba a las almas. El número de ofrendas generosas era tan considerable, el concurso de mociones expiatorias tan vehemente, que los secretarios no podían seguir en el papel la enumeración tan rápida. Un consejero del parlamento reclama la destrucción de los privilegios de la magistratura. Y nosotros también, exclama el cura Thibault, queremos ir en ayuda del pueblo. Lo poco que tenemos lo ofrecemos de buen corazón. Nosotros abandonamos el óbolo". Estas palabras produjeron un enternecimiento general: "No, no, respondió una multitud de voces; la patria está reconocida de la ofrenda del pobre, pero ella no la acepta". Y deciden que la dotación de los curas de campaña sería aumentada. Entonces no se aplaude más: se llora.

El presidente de la Asamblea había invitado al Clero a pronunciarse: el obispo de Nancy declara que da una aprobación entera al rescate de los feudalismos eclesiásticos, a condición que el total será empleado en fundaciones para el alivio de los pobres. A su turno, el obispo de Chartres, describe en vivas imágenes la angustia de las poblaciones rurales; muestra al cultivador forzado de asistir en silencio al espectáculo de sus cosechas destrozadas por los perros del vecino señor, y pide la abolición del derecho exclusivo de caza. En seguida, desde los bancos de la nobleza parte un grito de adhesión, un grito poderoso y apasionado. La Asamblea se pone de pie en un indecible transporte: "La palidez de las grandes inspiraciones cubría todos los rostros; una especie de fuego divino brillaba en todas las miradas; mutuamente se alentaban para ser dichosos por la justicia, a ser fuertes por el amor: una mano invencible parecía haber quitado, al menos por un instante, el velo que oculta a las sociedades imperfectas la vista de horizontes luminosos. La sesión era una fiesta sagrada, la tribuna un altar, la sala de deliberaciones, un templo. Ah! Tales recuerdos nos confortan, débil generación a la que pertenecemos. Pues en fin. ¡qué sabemos hoy nosotros que iguale la majestad de las escenas imponentes que hicieron la gloria de nuestros padres!"

Al alba, los diputados se separaron. Cuando el sol se levantó, el sueño de esta noche tan bella pareció ofrecerse en realidad deslumbradora. Millones de hombres respiraban de gozo; sus pulmones vivificados devolvían el aire viciado de tiempos anteriores, desaparecidos para siempre. Así se creía.

¡Ay! "la sedición de generosidad" de la noche del 4 de agosto, no rehizo una sociedad por un "suicidio sin ejemplo". Quedaban aún muchos golpes que dar; resistencias de todo orden debían ser vencidas por el hierro y por el fuego.

El rey escribía al arzobispo de Arle: "Yo estoy contento de esta actitud noble y generosa de los dos primeros órdenes del Estado. Ellos han hecho grandes sacrificios para la reconciliación general, por su patria, por su rey... El sacrificio es bello; pero yo no puedo sino admirarlo; no consentiré jamás el despojo de mi clero y mi nobleza... No daré jamás mi sanción a los decretos que los despojen..."

El rey indicaba él mismo, la reacción contra la generosidad desbordante un momento de los corazones de los privilegiados. No importa; la bella y humana locura de renunciamiento de la noche del 4 de agosto no podría jamás ser totalmente renegada.

El 26 de agosto de 1789, la Asamblea proclamaba la Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano, aceptado por el rey.

¡Los castillos no habían ardido en vano!

Jules BERTRAND.



Estampa conmemorativa de la noche del 4 de agosto y de la Declaración de los Derechos del Hombre.

CONFESIONES DE ELSA MERLINI

CEDO a amables y autorizadas insistencias, y hablo de mí. Un poco a regañadientes, lo confieso. No por falsa modestia ni por un sentimiento que, siendo precisamente lo contrario de la modestia, se manifiesta, sin embargo, bajo sus mismas formas. Quienes me conocen saben cómo definir este modo mío de sentir y de pensar. Un poquito salvaje soy, y lo he sido siempre. Celosa de mi intimidad he tratado de defenderla más de una vez con energía. Y así se ha creado la leyenda de una Merlini presuntuosa y desdeñosa insociable y demasiado autoritaria.

Una actriz que todas las noches tiene que mostrar al desnudo su corazón, aunque sea a través de una interpretación, sufriendo un tormento que se identifica más o menos con su propio tormento, debe guardarse sin embargo, en lo que pueda, algo para sí. Esa salvada intimidad, es un refugio en el que la actriz y la mujer se encuentran, se entienden, se completan. No invadamos, pues, con vuestro permiso, ese oasis.

Henos en el escenario. ¿No? ¿Preferís en casa? Como gusteis. Por otra parte, es todo uno y lo mismo. La Merlini en su casa, en el hotel, entre los amigos no es muy distinta de la que veis sobre el escenario. Una de mis cualidades es precisamente esta: no representar, cuando represento y cuando no represento. Ignoro en la vida el arte de darme importancia (hay quien dice darse aires) y en la escena rechazo indeclinablemente un papel si no encuentro en él cierta correspondencia con mi espíritu. Adaptar mi temperamento a las exigencias de la representación es cosa de la artista. Ciertas afinidades íntimas me corresponden en cambio personalmente.

¿El temperamento de la Merlini? Durante años —ciertamente durante demasiados años, aunque fueron pocos— he estado ligada a un repertorio especial: el repertorio cómico. A tal punto que no pocos creyeron —supongo de buena fe— en la imposibilidad, o poco menos, de una evasión. En qué se fundaba esa firme opinión, no sabría decirlo. Quienes me han seguido desde los primeros pasos y me han juzgado sin preconceptos, no pueden haberme atribuído únicamente el don de una pequeña gracia cómica. Sé, por ejemplo, que nuestro ilustre Ruggeri no es, ni fué nunca, de esa opinión. Y lo dijo. Cuando en mis comienzos formaba parte de la compañía de Alfredo de Sanetes, como primera actriz joven, Ruggero Ruggeri en reposo en San Pellegrino, durante una temporada estival nuestra allí, no faltaba a una representación. Y se complacía en aquellos ensayos míos, que no eran todos, podéis creerlo, brillantes excursiones en el campo de una desenvuelta comicidad.

Por lo demás, también el buen Luis Rasi, que fué mi primer maestro en Florencia y quien supo decirme las palabras de aliento que me llevaron al arte, no pensó nunca que se pudiese hacer de mí, que era ya entonces una muchachita muy reflexiva y pensante, una actricita destinada únicamente a hacer reír.

Pero como más tarde, al surgir a la primera notoriedad, me distraje en algunas interpretaciones de figuritas graciosas y vivaces, hubo quien se precipitó a colocarme la etiqueta de actriz cómica con el propósito de no quitármela más. Y cuando, cansada ya, de ser juzgada de manera incompleta, quise ansiosa, demostrar a aquel público que ya me iba conociendo y me quería, que podía darle otra cosa distinta, sucedió poco menos que un escándalo:

Como esta historia es apenas de ayer, no es del caso insistir en ella. Pero lo cierto es que al presentarme como intérprete de un personaje que tuviese sólida consistencia humana, con todas las vibraciones, las ansias, trepidaciones, los sufrimientos de una criatura, en la que, pequeño o grande alienta un drama, debí superar obstáculos que otros no conocieron. Tanto más porque mis medios de expresión se obstinaban en permanecer simples, no buscando un relieve que me hubiera sido fácil encontrar.

Hoy ya no es así. Ahora soy yo quien, en cierto modo, debo insistir para hacerme aceptar en papeles de contextura débil, demasiado frágil. Recientemente he llevado a escena una comedieta cómica, no mejor ni peor que tantas otras y el público no se ha declarado satisfecho. Me ha puesto, en suma, mala cara. ¡Que esa mala cara me haya disgustado mucho, no osaría decirlo!

Lucha. Naturalmente, toda mi vida ha sido de batalla. No me lamento de ello en ningún modo. Nadie en mi casa me hubiera querido actriz y debí luchar para subir al escenario; una vez llegada, he debido luchar como os he dicho para afirmarme en el modo que respondía a mi ideal de artista, y hoy debo luchar aún para defender y proteger aquel querido ideal mío. Son estas, por otra parte, nuestra función y nuestra misión.

Os diré que amo mucho a mi familia, y que a veces me asalta la nostalgia de una vida tranquila, recogida, ordenada. Pero debo confesaros que esos asaltos los sufro únicamente cuando todo marcha sobre rieles, en los períodos de perfecta tranquilidad, de absoluta bonanza. Entonces es cuando siento que esa tranquilidad podría tomar otra forma. Pero apenas husmeo en el aire olor a pólvora, vuelvo a encontrarme activa y combativa. Basta la perspectiva de una "primera" en la que haya que conquistar con trabajo una hermosa victoria, para que no piense sino en mi labor, en aquella criatura que ha de tomar vida en mí, y que amo más que a todas las que he encarnado antes, a las que tanto he amado sin embargo.

Tengo pocos amigos fieles a quienes sé confiarme. Ellos saben la sinceridad de mis trepidaciones. Una palabra de ellos —que yo sé pura— me conforta y me templa. La adulación en cambio me irrita. Y yo actriz no del todo desatenta, sé distinguir los elogios de la adulación.

Quiero al público. Con él me entiendo siempre y de inmediato. Cuando me doy cuenta que alguna intención que he puesto, es en seguida "agarrada", me siento feliz. Aquella comprensión me recompensa tanto como cientos de aplausos y tal vez más. El público merece verdaderamente que se le dedique toda una vida: una vida densa y fervorosa, hecha de trabajo apasionado y de sacrificio. El teatro puede dar satisfacciones inefables. Nutre sobre todo el espíritu. Y por eso nosotros los actores volvemos a él con entusiasmo cuando por un tiempo hemos estado alejados.

"Volver" al teatro. ¿De dónde? Del reposo, se entiende, y del cinematógrafo. Por que ahora el cine representa algo muy considerable en el conjunto de las actividades de los artistas. Yo trabajo para el cine, como sabéis, desde hace bastante tiempo. Y el público también en esa forma de espectáculo me muestra su simpatía y su consideración. Le estoy por ello agradecida.

No estoy en el caso de ofreceros una autorizada disertación sobre el cine, sobre las características que lo acercan al teatro y sobre aquellas que lo separan. Ni me adentraré tampoco —¡por favor!— en la compleja discusión que tiene por objeto establecer si es o no útil al cine la obra del autor teatral, limitándome a expresar al respecto, la opinión de aquel cocinero que entendía que para hacer el guiso de liebre, era necesario la liebre.

Es preciso trabajar, trabajar lo mejor que sea posible con amor y con inteligencia. Las discusiones quédense para los otros.

Os diré más bien, que cuando, hace ya algunos años fuí llamada para una pruebita a la "Cines", y después del suceso de "Triángulos" con la compañía Nicodemi (en la cual tomé el puesto de Vera Vergani) recité ante la cámara la "nenia del sauce llorón" experimenté la impresión de estar tomando parte en un juego agradable. Después el juego se ha convertido, como sabéis, en una buena mitad de mi trabajo: que es de todos los días y de todas las horas.

ELSA MERLINI.

(Especialmente para EL DIA, tradujo C. S).



CINE







PIGMALION

La famosa obra teatral de George Bernard Shaw "Pigmalión" en una versión de su propio autor, se exhibe con gran éxito en Cine Metro.

La actriz inglesa Wendy Hiller y el actor Leslie Howard animan los personajes centrales de este film, que ha obtenido uno de los premios de la Academia de Arte Cinematográfico, completando el reparto un destacado conjunto de actores del teatro y del cinema inglés.



ALFONSINA STORNI, LA POETISA REBELDE Y DESENGAÑADA

AHORA que un grave silencio ha caído sobre Alfonsina Storni, la imaginación —obrera incansable— se complace en presentármela más viva que nunca.

Menuda, nerviosa, de perfil enérgico, de cabellos grises y un poco desordenados, de voz limpia y honda... Tal como la conocí hace diez años.

Sus palabras estaban, como sus rimas, mojadas de amargura. Amargura sin sollozos ni quejas, oculta bajo el elegante disfraz de una ironía sutil.

Rebelde al yugo del convencionalismo civilizado, Alfonsina Storni sufrió el enorme desencanto de los que esperan de la existencia lo que ésta no puede o no quiere dar.

Soñó una vida más pura, más libre, más sincera.

Su naturaleza vigorosa, espontánea, inquieta, soportaba mal las ligaduras que la sociedad le había impuesto:

¿Qué hice de ti? Para enfrenar tus males
sobre tus formas apreté sayales,

y en flagelarte puse empeño tanto
que hoy filosofas junto a los rosales.

Sentía profundamente el dolor de esa deformación. La falta de armonía entre la vida y el pensamiento, la tornó pesimista con respecto al valor de sí misma y del "oro falso de unas cuantas rimas" que derramó por el mundo. Comprendió que todo —sueños, arte, gloria— se derrumba aplastado por una fuerza inexorable:

Ten paciencia, mujer que eres oscura:
algún día la Forma Destructora
que todo lo devora,
borrará tu figura.

Imaginó que sobre sus libros, amarillos de vejez, caería una dura capa de olvido...

Pese a la opinión de la autora, "Ocre" es para mí el más sentido y hondo de los libros de Alfonsina Storni.

Convence la sinceridad de su poesía. Penetra en el alma su acento tan puramente femenino, que hunde sus raíces en las profundidades del sexo y sabe llegar hasta las cumbres metafísicas.

Pocas mujeres han sentido y expresado tan bien la perfidia, la falta de comprensión, la pretendida superioridad del hombre, como Alfonsina Storni.

Pocas almas femeninas se han sentido tan solidarias con sus hermanas en el dolor o el hastío de un fingimiento que resulta verdad para el mundo.

Claro está que no toma en cuenta a las coquetas, las frívolas, las simplemente carnales.

Ninguna de las otras ha sido feliz. La poetisa evoca a las grandes mujeres de la historia y el arte. Reinas, madres, amantes y amadas, brillan con inextinguible fulgor. También "las consumió el amor, como el fuego al estaño". Se está a punto de envidiar su glorioso destino. Pero

Ay, rastreando en sus almas, como en selva las lobas,
a mirarlas de cerca me bajé a sus alcobas
y oí un bostezo enorme que se parece al tuyo.



Dibujo de AGUERRE

Ignoro la historia sentimental de Alfonsina Storni. Debe ser dolorosa, a juzgar por los rastros de ella que encontramos en sus versos.

Ávido del goce egoísta, incapaz de un minuto de fidelidad, vanidoso, mordido por la ambición, alma cerrada a la generosidad, así es el hombre para ella.

Donde mejor ha revelado el dramático secreto de su corazón de mujer, es en el tríptico de sonetos titulado "Rueda".

Hablan tres jóvenes amigas. Confiesa la primera que no ha vivido. Tiene un marido y tres hijos. Lentos y oscuros pasan para ella los años, sin que una llama de emoción los ilumine. A veces piensa en el hombre ideal que acariciaron sus primeros sueños. Se asoma a la vida con la ilusión de encontrarlo. Pero vuelve pronto a su existencia vulgar, convencida de que ese hombre no está en el mundo. El hombre real, el que pisa la tierra, no vale el riesgo de un nuevo ensayo. Siente, sin embargo, que fué elegida "para un amor más alto". En la imposibilidad de alcanzarlo, se resigna. Ahoga las ansias que la devoran y se consume lentamente, "bajo un velo de monja", mientras sus ojos cansados siguen el desfile monótono de los días...

La segunda amiga asegura que las mujeres "mentales" pierden siempre" en negocios de amores". Los hombres se fatigan de la seriedad del espíritu y aman la locura de la carne. Adoran el fuego que ellos mismos encienden. Las mujeres de pensamiento, cultas, exquisitas, los pulen, los mejoran, los reifnan...

Y cuando ya cansadas de esperar, les pedimos
el corazón, en cambio del propio que les dimos,
se eleva una mediocre lo que hemos adornado.

La última amiga coge el hilo de este pensamiento y agrega que "acaso se lo lleva la que menos le cuesta". Más razonadora que las anteriores, comprende la necesidad que tiene el hombre de libertarse un poco del peso de la vida, de olvidar las preocupaciones que entristecen el alma. Por eso busca en las mujeres "un poco de fiesta". La mediocre a quien elige, cuidará la casa, no le inquietará con sus complicaciones mentales, tomará en silencio y agradecida lo que él quiera darle de sí. No lo poseerá por entero. Tal vez él también sueñe —mientras descansa en brazos de su feliz aburrimiento— un tipo ideal de mujer que la vida no puede ofrecerle...

¿Quién no ve, repartida, por decirlo así entre estas tres amigas que confiesan su fracaso sentimental, el alma múltiple y vasta y de la propia Alfonsina, que, sintiéndose burlada por la vida, le fué a pedir al mar la gracia divina del reposo?

Manuel BENAVENTE.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EL PODER DE FANG























Casa Soler por BALANCE

nuevas rebajas en los saldos de estación

SECCION TEJIDOS

TELA VASCA, Gran variedad Ancho 60 centimetros .... Mto. $ 0.15
MUSELINA de SEDA para CORTINAS Color Crudo " " 0.30
TELA VASCA PARA MANTELES, Ancho 1.40 ..... " " 0.45
GENERO de LANA FANTASIA, Para Vestidos " " 0.55
GENERO de LANA, Colores Lisos, Para Vestidos " " 0.55
GRANITE PARA MANTELES, en Colores Fantasía " " 0.65
MOHARE de SEDA PARA TAPICERIA, Gran Variedad " " 1.20

SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

PAÑOS de COCINA, en Tela Vasca .... c/u. $ 0.12
PAÑOS de COCINA de Hilo, con Guarda " " 0.12
TOHALLAS de ALGODON, Blancas " " 0.15
FRAZADAS de LANA, Color Vicuña, 1 Plaza " " 2.60
JUEGO de CAMA BORDADO, 1 Plaza " " 3.20
JUEGO de CAMA BORDADO, 2 Plazas " " 4.80
FRAZADA de LANA, Guarda Griega, 2 Plazas, " " 6.00
GRAN SALDO COLCHAS DE BROCATO DE SEDA Para Cama de Matrimonio . " " 6.00

SECCION ARTICULOS PARA HOMBRES

CALCETINES de HOMBRE, Fantasía .... Par $ 0.35
CALZONZILLOS de MADAPOLAN, Pretina Elástica ... c/u " 0.60
CAMISETA Y CALZONCILLOS, Malla Acordonada . " " 0.95
TRICOTA de LANA, Cierre Metálico .... " " 1.50
PULL - OVER PURA LANA, Sin Mangas .... " " 1.80
CAMISA de HOMBRE, Tela Fantasia .... " " 1.90

SECCION FANTASIAS

AGUA COLONIA (Reclame!) .... c/u $ 0.25
PETACAS de METAL, (con pequeña averia). " " 0.30
ECHARPE de LANA, Variedad de Colores. . " " 0.30
PAÑUELOS de LANA, Todos Colores. . " " 0.30
PAÑUELOS de LANA, Fantasia. ... " " 0.50
POLVOS, "Carnaval de Oriente", caja .... " " 0.60
ECHARPES de LANA, Fantasia . " 0.75
ZOQUETES de LANA, Puño Fantasia. " 0.75

SECCION SEÑORAS

CAMISETA de ALGODON, Para Señoras, con Mangas c/u $ 0.20
ENAGUA de ALGODON Y SEDA, Para Señora. " " 0.90
CAMPERA PURA LANA, Gran Variedad. . " " 1.80
BATONES de PIRINEO, Algodon (Gran Reclame) " " 2.20
CAMISONES de JERSEY de Seda, con Aplicaciones " " 2.60
TRAJES de PUNTO de LANA, en Colores . . " " 3.00
SACOS de PAÑOS, Colores Lisos . . " " 6.00
SACOS de KASHA, de Pura Lana .... " " 7.50
SACOS de PAÑO INGLES, Variedad " " 8.50
SACOS de PAÑO LABRADO, en Colores . . " " 8.50

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO

En NUESTRAS TRES CASAS:

SUCURSAL GOES	CASA MATRIZ	SUCURSAL CORDON
Av. Gral. FLORES 2341-47	Av. AGRACIADA 2302	Av. 18 de JULIO 1601
Esq. M. BERTHELOT	Esq. M. SOSA	Esq. PIEDAD

"PUBLICIDAD"